

LA CIUDAD
IMANTADA
VIDA DE
MILTON VIDRIO

PREMIO NACIONAL DE TESTIMONIO

CHIHUAHUA

2007

LA CIUDAD
IMANTADA
VIDA DE
MILTON VIDRIO
por

Ernesto Lumbreras



*F*ICTICIA

MÉXICO
2008

LA CIUDAD IMANTADA. VIDA DE MILTON VIDRIO

Premio Nacional de Testimonio, Chihuahua, 2007

D.R. © Ernesto Lumbreras

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Sierra Fría 220
Col. Lomas de Chapultepec
Del. Miguel Hidalgo
11000, México, D.F.

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado de la edición: Luis Bernardo Pérez

Foto del autor: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

www.ficticia.com

ficticia@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Edición: julio de 2008

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor.

ISBN 978-968-5382-61-8

Impreso y hecho en México

Para Nora, *la mia fabula*

Había que redactar, punto por punto, el catastro afectivo y el retrato fantástico-histórico de una comunidad así como de una de sus remotas jornadas de medio siglo atrás. Y no con esos instrumentos racionales: la ficha, el documento, el testimonio, importantes para el arqueólogo de lo cotidiano; sino a través del sortilegio espontáneo de las sombras chinescas que afloran, una tras otra, sobre un muro: caja de epifanías momentáneas, cinematógrafo de espectros sin pareja; el insuficiente botín de un aprendiz de Noé que, después del diluvio, por no acordarse del mundo, anduvo investigando los restos sepultados por la arena; o de un Ulises para pobres que viendo a la turba de los muertos que volvían la espalda, se desvanecían inmediatamente después de la primera pregunta...

Renacer, este es el problema, lo he escrito en otro lugar. Pero hubiéramos querido más amor, más piedad, un corazón más fuerte.

Gesualdo Bufalino, *Museo de sombras*

I

UN ALTEÑO EN GUADALAJARA, CON MÚSICA DE
GEORGE GERSHWIN VERSIÓN DE “LOS CUCURRUCÚS”
DE PEGUEROS

A los 17 años, dejando atrás un pueblo de la región de los Altos, me fui a Guadalajara. Tarde o temprano ese camino lo hacemos los jaliscienses de tierra adentro para ir al encuentro, vaya humorada helénica, de nosotros mismos. Cuando llegó mi día de partir —aún con el sombrero puesto, la jerga paya, los dineros justísimos y el paso cansino de la vida frugal— me encontré en la no muy bizarra capital de mi estado; y sí, estaba allí temeroso y expectante. Eran los primeros de abril de 1936 y, a la sombra de un tabachín de flores cristianamente ensangrentadas, buscaba en el aviso oportuno de *El Informador* una casa de asistencia, un cuarto de azotea que tuviera aires de buhardilla parisina.

Después de idas y venidas, de extravíos y reencuentros, los hados tapatíos me llevaron a la puerta de una casa en la calle de Francisco I. Madero, a una cuadra del Parque Revolución. Comenzaba a mediar la década de los treinta —década funesta y caníbal— y mis sueños se parecían tanto a los sueños de Lucien Chardon, el poeta de provincia de *Las ilusiones perdidas* de Honoré Balzac; alimentando cándidamente mis anhelos me figuraba que el alma de este personaje parecía una calca de la mía: plena de ambiciones y de miedos, inmersa en fogosidades y confusiones. No se exigía demasiado seso para reconocermé como un tipo que se evadía, con extraordinaria facilidad, del mundo ordinario; sin embargo, mis abstracciones literarias pesaron menos que mis arrebatos prosaicos para darme cuenta de algunas verdades elementales: Chardon fue a

París y yo arribaba, apenas, a Guadalajara. La comparación de esos destinos lastimaba mi orgullo; ese inconveniente me pesó en un primer momento pero, como las golondrinas becquerianas, pronto me abandonó quedando archivado con el rótulo de asunto pendiente. Poco a poco me convencí de que mi paso en esta ciudad era transitorio, una etapa breve en mi vida que mis posibles biógrafos recogerían, acotándola con rigor y método, dentro de un capítulo que muy bien podría titularse “De la milpa a los libros: años tapatíos de Milton Vidrio”.

Allí, en esa casa de estudiantes, organicé los sesenta o setenta años de mi vida; ordené, en hiperbólica perspectiva, los tomos de mis obras completas, mi correspondencia con escritores famosos y mis memorias voluminosas e implacables; mi desmesura corría al parejo de mi ingenuidad. Ignorante de límites y esfuerzos —como un escarabajo estercolero— no conocía la ley de gravedad ni tampoco la del estudio o la disciplina. Mis padres me habían enviado a la ciudad con la ilusión de que aprendiera el oficio de la teneduría de libros; me esforcé por complacerlos, por no echar en saco roto sus sacrificios de campesinos arruinados por la guerra cristera y por la reciente reforma agraria.

De esos primeros años conservo dos revelaciones que me marcarían la vida: aprender mecanografía y conocer a Juan Rulfo. Coincidimos un año en la Academia de Oficios Contables allá por el templo de Santa Mónica; el carácter provinciano contribuyó rápidamente para sentirnos en confianza, y confesarnos deseos y pesadumbres. Acudíamos por las mañanas, de martes a viernes, a tomar las asignaturas y los talleres; era, a todas luces, un horario cómodo pues a las doce del día éramos chinos libres dispuestos a conocer el mundo. A él como a mí nos gustaban

las competencias sobre cualquier juego o asunto. Competimos en cortejos amorosos en la serenata de la Plaza de Armas, probando con beldades puras e inquietantes; la prueba del vencedor era una cita firmada con carmín en un pañuelo oloroso a vetiver. Los torneos de carambola en el billar La Siesta del Fauno nos hacían uno para dar batalla a verdaderos topógrafos en el arte de los ditirámicos encuentros de las bolas de marfil. En la cantina competíamos a tomarles el pelo a los cancioneros o mariachis con canciones y tonadas inexistentes que nosotros inventábamos al vuelo; en las albercas —aquellas de los baños de Mexicaltzingo— jugábamos a cruzarlas de lado a lado sin salir del agua para darnos un resuello; no sé, cada acto de la vida nos parecía una olimpiada, subir cerros y bajar barrancas, contar buenos culos y tetas mientras nos tomábamos un jarro de tepache en una esquina concurrida, todo, todo era sujeto de pruebas y cronómetros.

Una noche, emulando al maratón olímpico, nos propusimos mecanografiar, de principio a fin, *Bartleby, el escribiente*. *Una historia de Wall Street* de Herman Melville; en honor a la verdad, debo confesar que el natural de Apulco me ganó con cinco o seis líneas y con un tiempo de dos horas con 16 minutos, más o menos; pero su trabajo dejaba mucho que desear: demasiados tachones, sobre escrituras, gazapos, callejones y viudas. El mío, en cambio, era impecable, sus márgenes justos, sus sangrías y guiones correctos, sus cursivas tomadas puntualmente en cuenta. Después de una breve revisión, estallamos al unísono en una carcajada anticipando el resultado. Como éramos muy amigos declaramos “tablas” el torneo mecanográfico y, como prueba de afecto, intercambiamos nuestras máquinas: él me regaló su Jefferson y yo le cedí mi Olivetti Tasso.

Pronto despedimos al año 36 y recibimos al 37. En esos días de enero, los asuntos en la lejana casa paterna comenzaron a ir de mal en peor; mi hermano mayor estuvo a un pelo de calvo de ser colgado a manos de una turba de agraristas; la revolución ejidal no cesaba de arrinconarnos como si fuéramos una tribu apache. Sólo nos quedaba la casa, unas cuantas hectáreas de tierras de duro tepetate y un huerto de naranjas que, con el paso de esos difíciles años, se les agrió el carácter de sus pulpas. De esta manera, las propiedades de la familia fueron desapareciendo en la misma medida que las deudas aumentaban.

Como benjamín de la casa, sentía el peso de sus ilusiones puestas sobre mis hombros, cifradas en una carrera en la ciudad y de paso ascendente, ya fuera en los negocios privados o en la administración pública de los llamados gobiernos revolucionarios. No los criticaba pero, como decirlo, mi destino apuntaba hacia un horizonte menos mundano y convenía aclararles el asunto lo más rápido posible. Sabiendo lo doloroso de la encomienda, me armé de valor y tomé el tren hacia Los Altos, un domingo de llovizna azul y sonámbula. Ya en el terruño, frente al cónclave familiar, desgrané mis propósitos; les expuse con amoroso cuidado que mi vida la iba dedicar a las bellas artes y a la filosofía; les dije que sentía en el alma no poder contribuir —ni ahora ni después— en la salvación del patrimonio; mis hermanos y mis padres me veían como petrificados, noté en sus ojos una chispa de ilusión que terminó de apagarse cuando les anuncié que dejaba la Academia de Contables.

Hubo llanto en las mujeres y reclamos airados de los hombres. Un par de días después del cisma, una parte de mi familia fue a despedirme a la estación; pero, horas antes de la partida, mi madre entró en mi cuarto y puso en mi maleta un misterioso cofrecito de malaquita; luego, sin decir

palabra, me besó la frente una y otra vez, llevándome a su regazo; sus lágrimas me empapaban el rostro al grado de no saber si yo también lloraba o solamente era depositario de su llanto. Fue necesario que viniera una hermana para separarnos; el cruel destino le quitaba —a mi madre— a su retoño máspreciado, el mismo y sapientísimo destino que me subía a un tren alejándome, entre resoplidos y humaredas, de mi paisaje natal.

De vuelta a Guadalajara, en mi cuarto de asistencia, intentaba no acordarme de los queridos rostros que dejé en plena tempestad. Desempacaba mi maleta cuando apareció el cofrecito de mi madre; lo miré, sintiendo caminar en mi pecho una salamandra recién salida del magma de un volcán. Me sobrepuse, pensando en el futuro glorioso que me esperaba; jaloneado por ese ímpetu abrí el cofre y descubrí una hermosa revelación: la dote de mis hermanas. Como los avaros y usureros de la comedia francesa, me lavé las manos, el rostro, el cuerpo con el brillo de la riqueza familiar; me fui durmiendo poco a poco, arrullado por la musiquilla que sólo el timbre del oro puede darnos como el mejor bálsamo.

Al día siguiente busqué al mejor postor de joyas y monedas de oro. Lo encontré en la céntrica calle de Galeana por recomendación de mi casero que, al tiempo que me anotaba la dirección y el nombre del comprador, me advertía que el negocio funcionaba fuera de ley; no obstante dicho señalamiento, me garantizaba que sin lugar a dudas, ese establecimiento era el que mejor pagaba. Cuando llegué al número consignado, me sorprendió que se tratara de una tienda donde se vendían santos, crucifijos, cirios, biblias, estampitas y demás artículos religiosos; sobre el portón de la entrada pude leer el nombre del local: La Puerta al Cielo. Contrariado y todo, a la señorita que operaba la caja

registradora pregunté por el señor Ismael Sharon. A pesar de que vestía como una solterona —blusa abotonada hasta el cuello, faldón negro “hasta el huesito”—, la señorita en cuestión era bellísima. Como si le hablara a la Virgen, al principio hizo como que no me oyó, por lo que tuve que repetir mi pregunta subiendo el volumen de la voz; dejando sus quehaceres de oficina, me miró de arriba a abajo y contestó seca y cortante:

—Usted no puede buscar a Don Ismael.

Sin intimidarme, me acerqué a su mesita y le abrí mi portafolio mostrándole el interior del cofrecito de malaquita. Me volvió a mirar, pero ahora con unos ojos zarcos llenos de luz que se demoraron en los míos; tras un parpadeo de grosera coquetería me dijo:

—Sí, usted ya busca a Don Ismael. Acompañeme. No se fije en el tiradero.

En la trastienda había una entrada, disimulada por un Cristo de escala humana, que la chica movió con cierto esfuerzo para poder pasar; descubierto el acceso bajamos unos escalones que nos llevaron a un enorme y espectacular patio de cantera con su fuente cantarina al centro; en ese momento un grupo de empleados acomodaba candelabros, fonógrafos, cuadros, espejos y otros enseres de inculcable valor en una de las habitaciones. Atravesamos en diagonal el patio de baldosas grises y azuladas; los tacones de la muchacha resonaban como una marcha ¿hacia el cadalso?, ¿hacia el parnaso? Me encaminó con mucha diligencia, despidiéndose de mí con unas palabras —insanas, lúbricas, impensables en esa boca de *Madonna*— puestas en mi oído; sentí sus labios tocar el lóbulo de mi oreja al escuchar su murmullo inquietante.

Me dejó finalmente, sin presentarme, en la oficina de un hombre obeso, con cara de niño y de una edad difícil

de calcular: podría tener mi edad o la de mi padre o la de un adolescente con ropa de adulto. Sin mediar saludo me preguntó:

—¿Qué me trae?

En ese mismo tono y sacando el cofrecito para colocarlo sobre el escritorio, le contesté:

—Quiero vender estos tesoros. ¿Le interesan?

Con visible voracidad se puso el monóculo y comenzó a revisar la mercancía; luego, en una pequeña balanza fue pesando cada una de las piezas al tiempo que anotaba números en una libreta de contador; no habían pasado ni diez minutos cuando en una boleta me escribió el siguiente recadito: “Cinco mil pesos. ¿Lo toma o lo deja?”. Lo leí varias veces tratando de controlar mi asombro; esa cantidad era para mí felizmente inesperada. Fingiendo serenidad, abanicándome con la boleta, le respondí que esperaba un poco más. Al oír mi respuesta, el gordo cara de niño se levantó de su sillón y pude comprobar su desmedida altura, muy posiblemente cercana a los dos metros. Sin decir nada me arrebató el papel de un zarpazo cortándome la respiración; con los ojos entrecerrados, esperando lo peor, pude ver que garabateaba algo más sobre la boleta. Luego volvió a derrumbarse en su enorme sillón; acomodadas sus voluminosas carnes se preparó una sal de uvas Picot en un vaso de agua servido a la mitad; mientras se disolvían las sales curativas se dirigió a mí con una voz paternal, tuteándome repentinamente:

—No hablemos más, muchacho. Te puedo dar siete mil pesos ahora mismo. ¿Qué te parece? Anda, toma la boleta y pasa a la caja.

Como si estuviera en un trance hipnótico tomé el papel y me despedí del mercader con una inclinación de cabeza; cuando salía de su oficina, a los pocos pasos, un eructo

estruendoso del señor Sharon me trajo de nuevo a la realidad; con el corazón excitado y la mente llena de planes, pronto salí de La Puerta del Cielo para encontrarme, otra vez, con el sol y las demás estrellas.

II

LAS JOYAS DE LA REINA MADRE
Y *LA TORRE DE MONTAIGNE*

Mi santísima y —todavía más— previsoramente me hacía aún más claro el llamado, mi llamado a la belleza y a la verdad, las diosas del inglés John Keats; no se trataba de una fortuna ostentosa, es cierto, pero daba para no preocuparse por un buen tiempo. La casa de asistencia me cobraba 35 pesos mensuales, con dos comidas incluidas, además del lavado y planchado de la ropa; un traje de casimir inglés, cortado a la medida en las Fábricas de Francia, me costaba 120 pesos; una botella de tequila del mejor Cuervo se vendía en 6 pesos. Una vez que abrí una cuenta en el banco regional, me puse seriamente a pensar en mi futuro. ¿Me quedaba en Guadalajara? ¿Me iba a México? O, pensando a lo grande, ¿me marchaba a París? Era consciente de que en esta ciudad no había hecho absolutamente nada —si se descarta el haber aprendido a escribir a máquina y a haber conocido a Rulfo antes de convertirse en el reconocido escritor que sería unas cuantas décadas después.

Pronto cumpliría los veinte años y no había en mis cuadernos algo que, para empezar, me conmoviera a mí mismo; tenía, eso sí, planeados todos los libros que iba a escribir e incluso —¡qué desvergüenza!— esbozos de los discursos que daría en agradecimiento de los premios obtenidos por mi obra. Pese a la enorme confianza, Juan y yo jamás nos confesamos el haber escrito una página con pretensiones literarias. Sin embargo, en un café llamado La Copa de Leche, me solía reunir con un grupo de jóvenes que pronto revolucionarían —al menos eso deseaban— la pintura, el pensamiento, la música o la literatura. A esa pequeña re-

pública de Weimar acudían dos poetas: Alí Chumacero, que venía de Tepic, y Jorge González Durán, nativo de Guadalajara; un pintor: el colimense Pedro Carpintero, que asistía a José Clemente Orozco en los muros del Hospicio Cabañas; también rondaba por allí un filósofo: el tapatío Pancho Merluza, recién llegado de Europa donde *intimó* —la palabra es de Merluza— con Benedetto Croce y Henri Bergson; un ensayista y, a veces vate: el guapo José Luis Martínez, llegado de Atoyac y que aspiraba suceder a Alfonso Reyes en la República de las Letras; un músico: el jorobado Indalecio Cucaña de Cocula, viperino mordaz, bilioso de la fortuna de Moncayo y de Galindo. Pese a nuestras diferencias y particulares talentos, sabíamos que nos unía dos deseos comunes: crear una obra maestra y abandonar Guadalajara lo más pronto posible.

Una de esas tardes, a punto de pagar la cuenta, llamé la atención de la tertulia y así, en pleno, les conté mis preocupaciones existenciales y, sobre todo, les confié la disponibilidad —que en ese momento empezaba a generar jugosos réditos— de una pequeña fortuna. Después de esta revelación, todos se miraron entre sí como si se tratara de una señal convenida. Rota la expectación, José Luis se levantó de su silla y buscó al mesero para ordenarle que trajera una botella del mejor vino de la cava y copas para todos; se descorchó un Bordeaux 1930 y haciendo de *dégustateur*, nuestro tertuliano aprobó la botella. Acto seguido se llenaron las copas para después dar lugar a un brindis.

Esa escena la recuerdo íntegra como si la hubiera vivido hace unas horas: el escritor apuesto, arreglándose el copete, golpeó su copa con un cuchillo y, alzándola, comenzó su discurso:

—Brindo por la providencia encarnada en el querido Milton Vidrio, puesto que ahora sí y con su generoso apoyo,

ÍNDICE

UN ALTEÑO EN GUADALAJARA...	11
LAS JOYAS DE LA REINA MADRE...	21
DE FRANCAHELAS...	27
LOS QUE SE VAN...	31
DIÁLOGO DE NUÑO BELTRÁN...	41
¡SÁLVESE QUIEN PUEDA!...	45
DORMIR BIEN...	57
OPÚSCULO...	61
EL OFICIO DE TRAICIONAR...	73
PERMANENCIA INVOLUNTARIA...	81
SIERVO Y VERDUGO...	87
LAS MUERTES...	91
NOTICIA DE MILTON VIDRIO...	103

«LA CIUDAD IMANTADA. VIDA DE MILTON VIDRIO»
DE ERNESTO LUMBRERAS SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN 2008
EN LOS TALLERES DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A.
DE C.V. FERNANDO SOLER NO. 50, FRACC. MARÍA CANDELARIA
HUITZILAC. MORELOS, C.P. 62510. MÉXICO.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES